

LA GRAN TRAMPA DE SATANÁS

Lenny Hernández

Texto bíblico: “Y les dijo: Mirad, y guardaos de toda **avaricia**; porque la vida del hombre **no consiste** en la abundancia de los bienes que posee” (Lc 12:15).

INTRODUCCION

Una señorita cristiana americana vino a hallarse en posesión de una cuantiosa fortuna que quiso administrar ella misma para fines caritativos. Con tal objeto se propuso acercarse a los pobres para conocerlos, y sintiendo que sus riquezas le eran un impedimento, colocó toda su fortuna en el banco de tal modo que ella misma no pudiera sacar nada en el término de un año. Alquiló una vivienda en uno de los barrios más humildes y trabajó para ganar su sustento. Así trabó muchas relaciones y en ocasiones fue ayudada por sus propios vecinos que compadecían su aparente desamparo. De este modo llegó a conocer experimentalmente los apuros de la pobreza y aprendió a distinguir entre los menesterosos dignos y los vagos de profesión. Anhelosa esperaba el momento de poder manifestar su verdadera condición y así pudo levantar y ayudar a muchos cuando el tiempo se cumplió. Los mismos pobres sentían un respeto sagrado por aquella mujer que de tal modo se había sacrificado y trataban de evitar que nadie abusara de su bondad para que ella pudiese cumplir sus propósitos del modo más eficaz.

Nuestro Señor se hizo pobre siendo rico por amor a nosotros. ¿No trataremos de ser sus servidores y cooperadores del modo más

leal? Por ello cada Cristiano debe aprender a ser un fiel mayordomo del Señor, ministrando correctamente sus riquezas y ganando a muchos por medio de estas. El gran problema de las riquezas radica no en la riqueza misma, sino en el amor por estas, veamos los siguientes textos bíblicos:

“Le dijo uno de la multitud: Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia. Mas él le dijo: Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidor? (Lc 12:13-14).

“Y les dijo: Mirad, y guardaos de toda **avaricia**; porque la vida del hombre **no consiste** en la abundancia de los bienes que posee” (Lc 12:15).

Avaricia (gr. *Pleonexía*). La avaricia puede definirse como un deseo desmedido por las cosas materiales, especialmente de las que pertenecen a otro. Es el inmoderado y excesivo deseo de adquirir más y más.

El hombre que se dirigió a Cristo no necesitaba más riquezas; lo que necesitaba era que la avaricia le fuera quitada de su corazón para que las riquezas no le preocuparan tanto. El materialismo se encuentra en la raíz de muchos de los mayores problemas del mundo actual, y es la base de la mayor parte de las filosofías políticas y económicas, y por lo tanto es la causa de una gran parte de los conflictos entre clases y naciones que afligen a la humanidad.

La locura de una vida consagrada a adquirir riquezas

“También les refirió una parábola, diciendo: La heredad de un hombre rico había producido mucho. 17 Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? 18

Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes” (Lc 12:16).

El amor a las riquezas lleva a los seres humanos a acumular más y más, y llega a olvidarse de sus semejantes y peor aún se llegan a olvidar de Dios quien es su creador y sustentador. Por eso Dios diseñó el Sistema de diezmo y ofrendas, para que el corazón humano aprenda a reconocer a Dios, al apartar el diezmo de todas sus ingresos, y agradecer a Dios por medio de ofrendas voluntarias.

Por esto, no debemos dejar que el amor a las riquezas pueda llegar a eclipsar nuestro amor a Dios, y convertirse en prioridad el deseo de acumular, dando cabida a la avaricia y la acumulación de riquezas en detrimento de nuestra responsabilidad para con Dios y nuestro prójimo.

“No tiene sentido”

“Muy breve es la vida que me has dado; ante ti, mis años no son nada. ¡Un soplo nada más es el mortal! **6** Es un suspiro que se pierde entre las sombras. Ilusorias son las riquezas que amontona, pues no sabe quién se quedará con ellas.” (Sal 39:5-6)

Por lo tanto, la vida es pasajera, no podemos aferrarnos a las cosas materiales, en cambio debemos pensar en las cosas espirituales, que solo se pueden encontrar si mantenemos una relación especial con nuestro Salvador Jesucristo. Una de las causas de la avaricia es:

Falta de Agradecimiento

“Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido” (Ro 1:21).

Hemos caído en una trampa

“En el pueblo de Dios hay muchos que están adormecidos por el espíritu del mundo, y que niegan su fe mediante sus obras. Cultivan el amor al dinero, a las casas y las tierras, hasta que éste absorbe las facultades de la mente y el ser, y desplaza el amor al creador” (CMC 221).

Rico pero pobre

“Y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repóstate, come, bebe, regocíjate. 20 Pero Dios le dijo: **Necio**, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? 21 Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios” (Lc 12:19).

Cuan necios podemos llegar a ser, que llegamos a pensar que las cosas terrenales puedan ser eternas, en cambio, sabemos que este mundo tiene una fecha de caducidad, que un día todo será consumido en fuego y azufre, entonces, por qué aferrarnos a las riquezas.

Este hombre fue llamado igual que a los Fariseos. “Necios, ¿el que hizo lo de fuera, no hizo también lo de adentro?” (Lc 11:40). Por eso debemos confiar en Dios, que nos hizo y nos dio la vida y, por lo tanto, nunca nos desampara, por eso Dios diseñó el Sistema de ofrendas, para que aprendamos a desprendernos de las cosas materiales y confiemos en Dios nuestro sustentador.

La avaricia nos apartará del plan de Dios

“Aconteció que, habiendo Samuel envejecido, puso a sus hijos por jueces sobre Israel. 2 Y el nombre de su hijo primogénito fue Joel, y el nombre del segundo, Abías; y eran jueces en Beerseba. 3 Pero no anduvieron los hijos por los caminos de su padre, antes

se volvieron tras la avaricia, dejándose sobornar y pervirtiendo el derecho” (1 Sm 8:1).

La reunión de Satanás

“Presentad el mundo delante de los hombres en su luz más atractiva, para que depongan su tesoro aquí y fijen sus afectos en las cosas terrenales. Debemos hacer todo lo que podamos para impedir que los que trabajan en la causa de Dios obtengan medios para usar contra nosotros. Mantened el dinero en nuestras filas. Cuanto más obtengan ellos, más perjudicarán nuestro reino arrebatándonos nuestros súbditos.” (TM 484). Hebreos 13:5 nos dice: “Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré; **6** de manera que podemos decir con fiadamento: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre”.

El antídoto:

“La verdad, implantada en el corazón por el Espíritu de Dios, desplazará el amor a las riquezas. El amor a Jesús y el amor al dinero no pueden morar en el mismo corazón. El amor a Dios sobrepasa de tal modo al amor al dinero, que su poseedor se aparta de sus riquezas y transfiere sus afectos a Dios” (CMC 163).

La posesión de riquezas no es pecaminosa en sí misma (Ec 5:19), como lo comprueba el hecho de que fueran ricos algunos de los más notables personajes de la Biblia, como Abrahán, Job y Nicodemo. Pero entraña un gran peligro para la salvación (Mt. 19:23), especialmente si se la ha conseguido explotando a los demás, o si se le dedica el corazón. Nuestro Señor no tuvo palabras de censura para los ricos de su tiempo, pero dio bastante instrucción con respecto al uso adecuado de las posesiones materiales.

Parábola de los Talentos

“14 Porque el reino de los cielos es como un hombre que yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. 15 A uno dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y luego se fue lejos. 16 Y el que había recibido cinco talentos fue y negoció con ellos, y ganó otros cinco talentos 17 Asimismo el que había recibido dos, ganó también otros dos. 18 Pero el que había recibido uno fue y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor. 19 Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos. 20 Y llegando el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros cinco talentos sobre ellos. 21 Y su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor. 22 Llegando también el que había recibido dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros dos talentos sobre ellos. 23 Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor. 24 Pero llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; 25 por lo cual tuve miedo, y fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo. 26 Respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y negligente, sabías que siego donde no sembré, y que recojo donde no esparcí. 27 Por tanto, debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses. 28 Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos. 29 Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. 30 Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mt 25:14-30).

El señor de la parábola de los talentos tenía dos propósitos: (1) incrementar sus bienes, (2) probar a sus siervos antes de confiarles mayores responsabilidades. Del mismo modo, Cristo ha confiado la obra del Evangelio a los hombres a fin de hacer progresar su reino en la tierra y de preparar a sus siervos para llevar mayores responsabilidades. Si somos files con lo poco que tenemos aquí en la Tierra, cuando el Señor Jesús vuelva por segunda vez nos pondrá en un lugar de honor para magnificar su gloria y santidad.

Parábola del Mayordomo infiel

“1Dijo también a sus discípulos: Había un hombre rico que tenía un mayordomo, y éste fue acusado ante él como disipador de sus bienes. 2 Entonces le llamó, y le dijo: ¿Qué es esto que oigo acerca de ti? Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás más ser mayordomo. 3 Entonces el mayordomo dijo para sí: ¿Qué haré? Porque mi amo me quita la mayordomía. Cavar, no puedo; mendigar, me da vergüenza. 4 Ya sé lo que haré para que cuando se me quite de la mayordomía, me reciban en sus casas. 5 Y llamando a cada uno de los deudores de su amo, dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi amo? 6 Él dijo: Cien barriles de aceite. Y le dijo: Toma tu cuenta, siéntate pronto, y escribe cincuenta. 7 Después dijo a otro: Y tú, ¿cuánto debes? Y él dijo: Cien medidas de trigo. Él le dijo: Toma tu cuenta, y escribe ochenta. 8 Y alabó el amo al mayordomo malo por haber hecho sagazmente; porque los hijos de este siglo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz. 9 Y yo os digo: Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas” (Lc 16:1-9).

Aprendamos a desprendernos del amor a las riquezas y la avaricia, y mientras lo hacemos, ayudemos a cuantos podamos, porque esta obra tiene recompensa, ya que el amor al prójimo y el amor a

Dios resumen el cumplimiento de Ley y la Gracia de Cristo para todos nosotros.

¿Quieres tú aprender a desprenderte de la avaricia y ensalzar a Cristo con tus riquezas? Te invito a ponerte en p e y manifestar ante Dios y sus  ngeles que esta es tu decisión.